

Una Iglesia pujante, con vida, renovada

Jesucristo fundó una Iglesia, que ha de durar hasta el fin de los siglos. La Iglesia es obra de Jesucristo, como siempre así se creyó y el Papa Benedicto expresamente lo dice: la Iglesia es de Jesucristo, lo cual significa, que si es de Jesucristo también es nuestra. Es un instrumento que Cristo puso en nuestras manos para salvarnos, pero nos exige que la amemos, la respetemos, la cuidemos como el mejor regalo.

La Iglesia es divina (invisible), así lo afirma el Concilio Vaticano II, la fundó Jesucristo, Dios y hombre. En ella vive Jesucristo, el Espíritu Santo, también el Padre. En ella encontramos la gracia, la salvación. A esta Iglesia pertenece el depósito de nuestra fe, la revelación, la tradición y el testimonio de tantos cristianos a través de los siglos. Esta Iglesia es la que nos da la posibilidad de poder llegar a la santidad, si abrimos nuestro corazón a la llamada del Espíritu, le dejamos entrar en nuestra vida y nos vamos configurando con Jesucristo.

También en la Iglesia vive Nuestra Madre Santa María, nuestros antepasados que viven en ese mundo invisible, donde no hay dolor, ni miedo, ni envidias, ni odio, tampoco intrigas, todo es felicidad, amor, paz, es la Iglesia Triunfante

Lo que es obra de Jesucristo, que fue quien fundó la Iglesia sobre roca firme no puede cambiarse, ahí no tiene poder ninguno la Iglesia militante, que somos nosotros, todos los creyentes, desde el Papa hasta el último Católico. Todos formamos esa Iglesia en camino, que con muchos problemas y dificultades tiene siempre la esperanza de alcanzar la meta, nuestra liberación, nuestra salvación. La esperanza se fundamenta en que caminamos llevados de la mano del Salvador, con poder ilimitado, también la gracia y todo ese mundo espiritual. Esta realidad exige fe, confianza en nuestro Padre y sobre todo que oremos, “yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos”.

Pero también nos dice en Concilio Vaticano II que la Iglesia es humana. Es la Iglesia en camino, que marcha por el mundo, en el destierro, camino de su casa definitiva, la eternidad feliz.



Para que se nos aplicara la salvación, en el tiempo, que Cristo nos había conseguido con su pasión, muerte y resurrección funda la Iglesia y le da el mismo poder que a Él le dio el PADRE. Les encarga que prediquen el evangelio a todo el mundo, les perdonen los pecados y que Él estaría con ellos hasta el final de los tiempos.

“Tú eres Pedro -o sea Piedra (Roca)- y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no la podrán vencer” (Mt. 16, 18).

La parte humana de la Iglesia es la que debe renovarse, hasta configurarse con la imagen de nuestro Salvador. Esta aspiración es de todos los creyentes y a lo largo de la Historia de la Iglesia esto fue una constante. Por nuestras limitaciones tenemos que convertirnos a Dios muchas veces al día. Ahí está la misión de todos los creyentes, desde el Sumo Pontífice, Obispos, Sacerdotes y fieles.

Todas las corrientes de cambio tienen que confluir en Jesucristo, todas tienen que estar al servicio del Reino, todas tienen que iluminar este mundo con la luz de Jesucristo. La fe que yo tengo tiene que ser la fe de todos, porque tiene que ser la fe de la Iglesia. Lo divino es un don que se me da y yo libremente lo acepto con mi mente y con el corazón y así me estoy abriendo a la acción del Espíritu. Tengo que renovarme y apartar de mí el odio, la venganza, la soberbia y la presunción, todo esto anida en nuestro corazón. Conseguir que el amor se implante en mi corazón, a Dios y a los hombres, servir e iluminar el camino a los demás, ayudar a los demás a que descubran que la mayor riqueza es encontrar a Jesucristo. Él transformará nuestra vida en alegría y felicidad, incluso en medio del sufrimiento de la vida. Jesucristo debe ser el camino y la razón de mi existencia.

II

El Reino de Dios está dentro de vosotros, Mt. 3,2 y Lc. 17, 20. Si la Iglesia se renueva desde su interioridad se está renovando según el plan de Jesucristo, pero si cambia sólo las estructuras y no hay una renovación interior, en su

vida espiritual, será una renovación según los planes humanos, “mis planes no so vuestros planes” nos dice el Señor.

Dios vino a salvarnos naciendo pobre, teniendo que ganarse el sustento de cada día, pasando treinta años viviendo con su Madre, una vida oculta. Sólo tres años los dedicó a la predicación, a la formación de los Apóstoles, a hacer el bien curando a los enfermos, resucitando a los muertos y terminando clavado en una cruz.

Este es el camino por donde hay que empezar, renovación interior, vida de fe, sin miedos y sin complejos. Las estructuras materiales caerán por si solas, esta fue la renovación que impulsó San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, todos los santos principalmente y los Concilios.

Lutero también implantó una reforma, dolorosísima, rompiendo con la Iglesia de Jesucristo, y así sucede que hay 30.000 iglesias sin unidad de fe protestantes ¿Cuál es la verdadera? Los hombres somos así de soberbios y egoístas. Hoy los modernistas proponen cambios, sobre todo en nombre de que el hombre debe ser autónomo, salvarse por sí mismo, para eso tiene la razón. Quieren una ruptura con la tradición de la iglesia, la Iglesia debe adaptarse a los tiempos modernos, es una forma muy sutil de minar los cimientos de la Iglesia.

La parte divina de la Iglesia no puede cambiarse, los dogmas no evolucionan, eso lo tenía muy claro S. Pio X, el modernismo no acepta servir a Dios.

Otra cosa es la explicación del dogma, la presentación. Dios es sobre todo amor y quiere nuestra salvación, si la aceptamos, si no la aceptamos Dios siempre va a respetar nuestra libertad, la salvación se ofrece, no se impone. Dios no nos condena nos condenamos nosotros, sobre todo tenemos que aceptar que al hablar de Dios siempre nos encontramos con el misterio, con el misterio del sufrimiento, de las muertes trágicas, de tantas injusticias que se dan en esta vida, calumnias, infamias, y aunque sabemos que Dios quiere todo lo contrario, Dios lo permite ¿Por qué lo permite?, misterio.

Se debe tener mucho respeto a la religiosidad popular, es una encarnación de la fe cristiana en una cultura popular. Incluyen una relación personal con Dios, con Jesucristo, con Santa María, con algún santo. Habrá que purificarlas, pensando en el plan de Dios, pero es la única ocasión en que algunas de estas personas se acercan a la Iglesia, oyen Misa con devoción y dan su limosna. Es una ocasión para evangelizar, lo mismo puede decirse de los entierros y de los aniversarios.

Esta piedad popular habrá que orientarla hacia una relación personal y comprometida con Dios y con los hermanos. Todos formamos una familia, que camina hacia nuestra casa, que no está aquí, sino en ese mundo espiritual, donde vive ese santo, a quien tanta devoción los fieles profesan. Ayudarles a descubrir a Dios y la grandeza de poder vivir la fe en la comunidad cristiana es una misión importante.

Es muy fácil caer en una mundanidad espiritual, que puede esconderse con apariencias de religiosidad, incluso de amor a la Iglesia, buscar nuestro

bienestar personal y gloria humana, en vez de buscar la salvación propia y de los demás, la gloria de Dios.

El papa Francisco nos habla en la *Alegría del Evangelio* y de esta mundanidad, nefasta, del daño que hace a la Iglesia. Se fundamenta en la fascinación del gnosticismo, una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que reconfortan e iluminan, pero el creyente en definitiva queda clausurado en su propia razón y en sus sentimientos, lo que piensa la Iglesia, continuadora de la obra de Jesucristo queda al margen, mi fe es lo que vale, no la fe de la Iglesia.

Esta mundanidad o manera de pensar se alimenta, sobre todo en el gnosticismo y en el neo-pelagianismo autorreferencial y prometeico. Esta manera de pensar sólo confía en sus propias fuerzas, se sienten superiores a los demás, se limitan a cumplir las normas externas, se aferran a las normas humanas de la Iglesia primitiva, o bien se entra en la corriente modernista dentro de la Iglesia, el dogma debe adaptarse al mundo moderno, yo estoy en la verdad y prescindo del ministerio docente. En vez de evangelizar se analiza, se clasifica a los demás, en vez de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. Ni cuentan con Jesucristo, ni cuentan los demás. Yo hago mi programa pastoral, la parroquia es mía, yo soy el único responsable.

III

Se puede caer en la tentación de presentar una Iglesia de ostentación y olvidarse de Jesucristo, el fundador de la Iglesia. Y es se puede manifestar en homilías donde el espíritu del evangelio queda en segundo plano, lo importante es lo externo, el que los fieles vean el mensaje como algo agradable, que les llena, no es lo importante, lo que importa es mi plan, cuando en realidad lo importante es insertar a los fieles en el compromiso con el mensaje de Jesucristo. Para esta mentalidad no es importante escuchar a Jesucristo en la oración, reflexionar sobre la Palabra de Dios, orar, se va a la improvisación, Jesús encarnado, crucificado y resucitado está ausente.

Dice la Encíclica *Evangelii Gaudium* nº 95:

"Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!"

"101. Pidamos al Señor que nos haga entender la ley del amor. ¡Qué bueno es tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo! Sí, ¡en contra de todo! A cada uno de nosotros se dirige la exhortación paulina: «No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien» (Rm 12,21). Y también: «¡No nos cansemos de hacer el bien!» (Ga 6,9). Todos tenemos simpatías y antipatías, y quizás ahora mismo estamos enojados con alguno. Al menos

digamos al Señor: «Señor, yo estoy enojado con éste, con aquélla. Yo te pido por él y por ella». Rezar por aquel con el que estamos irritados es un hermoso paso en el amor, y es un acto evangelizador. ¡Hagámoslo hoy! ¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno!»

La enseñanza de la Alegría del Evangelio evoca que todos debemos estar en búsqueda de la Verdad, Dios nos creó para que le conozcamos, nos esforcemos en agradarle, amarle y servirle y de esta forma como Dios es el Padre de todos, también en nuestro corazón tendrán un lugar las personas.

La prudencia y el discernimiento irán iluminando el camino, con la oración y contando siempre con la ayuda de la gracia.

Todas las corrientes, si proceden de una conciencia que busca a Dios, serán siempre algo positivo en la Iglesia. En lo opinable plena libertad, en lo revelado unidad, en todas las corrientes respeto y caridad, en todo y en todos, fieles y clérigos comprensión y ayuda, en la parte humana y espiritual comprensión entre todos, siempre unidad y obediencia a la Jerarquía.

Todos somos limitados, incluso los mejores teólogos, la Verdad no es patrimonio de uno sólo, sino patrimonio de todos. ¿Dónde encontrar la Verdad? En la Iglesia, divina y humana.

Los Apóstoles tuvieron el mejor Maestro, Jesucristo, que durante tres años convivió con ellos, no obstante hasta que vino el Espíritu Santo sobre ellos, no se le abrieron los ojos. Aún después de la Resurrección estaban pensando en una Iglesia de poder, de ostentación, de conveniencia y así se lo manifestaron al Señor, que pacientemente les escucha y les dice, dejemos eso, cuando venga el Espíritu Santo lo entenderéis todo. Y así se sentían alegres de poder padecer por Jesucristo, de cobardes se convirtieron en personas valientes, desapareció el miedo en ellos, libremente expresaban el mensaje de Jesucristo, sin complejos y sus intereses particulares, su ego cambió, porque su vivir y todo lo que hacían era una referencia a Jesucristo, el amor de su vida.

De esta forma, unidos a Pedro formaban un equipo, incluso en la distancia, se comunicaban, se ayudaban, se amaban. Aquellas comunidades primitivas eran un ejemplo para los paganos.

En el siglo XVI Lutero dice: Tenemos la Escritura, la Biblia, no hay nada que revelar, la vida de la Iglesia, la tradición no se necesita. No necesitamos ninguna revelación particular, ni milagros, atengámonos a la acción del Espíritu Santo, que nos dirá lo que debemos saber, nos hace profetas y nos muestra el porvenir. Y seguro de su verdad, porque ve una Iglesia pecadora, rompe con la Iglesia de Jesucristo y funda su propia Iglesia. En esa Iglesia pecadora hay muchas personas santas, que intentaban configurarse con Jesucristo y poco a poco lo fueron logrando. También en esta Iglesia del S. XXI, hay personas que se esfuerzan en parecerse más a Jesucristo, tienen

vida espiritual y el amor a Dios y a los hombres es el centro de su vida. Dada la condición humana no todos alcanzan la santidad, pero todos estamos llamados a ella.

En el siglo XVI florecen los grandes místicos y santos, dotados de toda clase de dones y fenómenos místicos extraordinarios. Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola y otros muchos canonizados y otros sin canonizar.

San Ignacio, sin duda alguna, con la compañía de Jesús, fue el que más contribuyó a la renovación de la Iglesia, en el Concilio de Trento, con Jesuitas, preparados intelectual y espiritualmente, con los Ejercicios Espirituales y hoy también el Espíritu suscita hombres que conduzcan a su Iglesia hacia la Patria Definitiva.

Siempre en la Iglesia hubo y hay un inmenso interés en renovar la Iglesia y así tenemos a San Francisco de Asís y a San Ignacio de Loyola, entre otros muchos santos.

IV

San Francisco de Asís

Religioso y místico italiano del siglo XIII, fundador de la orden franciscana. Casi sin proponérselo lideró San Francisco un movimiento de renovación cristiana que, centrado en el amor a Dios, la pobreza y la alegre fraternidad, tuvo un inmenso eco entre las clases populares e hizo de él una veneradísima personalidad en la Edad Media. La sencillez y humildad del pobrecito de Asís, sin embargo, acabó trascendiendo su época para erigirse en un modelo atemporal, y su figura es valorada, más allá incluso de las propias creencias, como una de las más altas manifestaciones de la espiritualidad cristiana.



San Francisco de Asís

Hijo de un rico mercader llamado Pietro di Bernardone, Francisco de Asís era un joven mundano de cierto renombre en su ciudad. Había ayudado desde jovencito a su padre en el comercio de paños y puso de manifiesto sus dotes sustanciales de inteligencia y su afición a la elegancia y a la caballería. En 1202 fue encarcelado a causa de su participación en un altercado entre las ciudades de Asís y Perugia. Tras este lance, en la soledad del cautiverio y luego durante la convalecencia de la enfermedad que sufrió una vez vuelto a su tierra, sintió hondamente la insatisfacción respecto al tipo de vida que llevaba y se inició su maduración espiritual.

Del lujo a la pobreza

Poco después, en la primavera de 1206, tuvo San Francisco su primera visión. En el pequeño templo de San Damián, medio abandonado y destruido, oyó ante una imagen románica de Cristo una voz que le hablaba en el silencio de su muda y amorosa contemplación: "Ve, Francisco, repara mi iglesia. Ya lo ves: está hecha una ruina". El joven Francisco no vaciló: corrió a su casa paterna, tomó unos cuantos rollos de paño del almacén y fue a venderlos a Feligno; luego entregó el dinero así obtenido al sacerdote de San Damián para la restauración del templo.

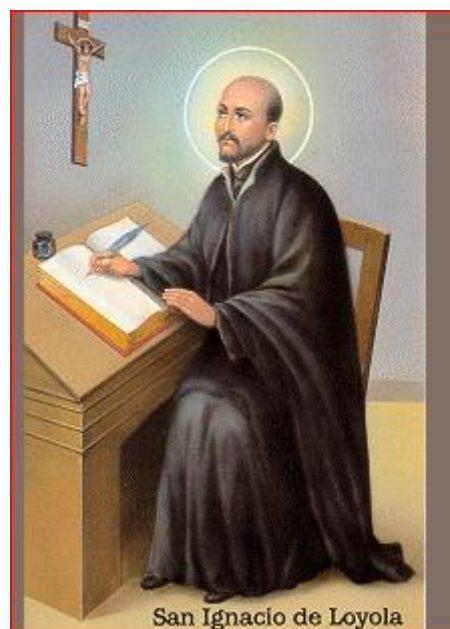
Esta acción desató la ira de su padre; si antes había censurado en su hijo cierta tendencia al lujo y a la pompa, Pietro di Bernardone vio ahora en aquel donativo una ciega prodigalidad en perjuicio del patrimonio que tantos sudores le costaba. Por ello llevó a su hijo ante el obispo de Asís a fin de que renunciara formalmente a cualquier herencia. La respuesta de Francisco fue despojarse de sus propias vestiduras y restituir las a su progenitor, renunciando con ello, por amor a Dios, a cualquier bien terrenal.

A los veinticinco años, sin más bienes que su pobreza, abandonó su ciudad natal y se dirigió a Gubbio, donde trabajó abnegadamente en un hospital de leprosos; luego regresó a Asís y se dedicó a restaurar con sus propios brazos, pidiendo materiales

y ayuda a los transeúntes, las iglesias de San Damián, San Pietro In Merullo y Santa María de los Ángeles en la Porciúncula. Pese a esta actividad, aquellos años fueron de soledad y oración; sólo aparecía ante el mundo para mendigar con los pobres y compartir su mesa.

V

San Ignacio de Loyola



(Íñigo López de Recalde; Loyola, Guipúzcoa, 1491 - Roma, 1556) Fundador de la Compañía de Jesús. Su primera dedicación fueron las armas, siguiendo la tradición familiar. Pero, tras resultar gravemente herido en la defensa de Pamplona contra los franceses (1521), cambió por completo de orientación: la lectura de libros piadosos durante su convalecencia le decidió a consagrarse a la religión.

Se retiró inicialmente a hacer penitencia y oración en Montserrat y Manresa, donde empezó a elaborar el método ascético de los Ejercicios espirituales (1522). Luego peregrinó a los Santos Lugares

de Palestina (1523). De regreso a España comenzó a estudiar (ya con 33 años y para poder afrontar mejor su proyecto de apostolado) en las universidades de Alcalá de Henares, Salamanca y París.

Las primeras actividades de San Ignacio de Loyola difundiendo el método de los ejercicios espirituales le hicieron sospechoso de heterodoxia (asimilado a los «alumbrados» o a los seguidores de Erasmo): en Castilla fue procesado, se le prohibió la predicación (1524) y hubo de interrumpir sus estudios.

En cambio en París (1528-34), donde se graduó como maestro en Artes (aunque no terminó los estudios de Teología), San Ignacio de Loyola consiguió reunir un grupo de seis compañeros a los que comunicó sus ideas y con los que sembró el germen de la Compañía de Jesús, haciendo juntos votos de pobreza y apostolado en la Cueva de Montmartre. Ante la imposibilidad de marchar a hacer vida religiosa en Palestina, por la guerra contra los turcos, se ofrecieron al papa Pablo III, quien les ordenó sacerdotes (1537).

En los años siguientes se dedicaron al apostolado, la enseñanza, el cuidado de enfermos y la definición de una nueva orden religiosa, la Compañía de Jesús, cuyos estatutos aprobó el papa en 1540; San Ignacio de Loyola, cuyo fervor y energía inspiraban al grupo, fue elegido por unanimidad su primer general.

La Compañía reproducía la estructura militar en la que Ignacio había sido educado, pero al servicio de la propagación de la fe católica, amenazada en Europa desde las predicaciones de Lutero; las Constituciones que Ignacio le dio en 1547-50 la configuraron como una orden moderna y pragmática, concebida racionalmente, disciplinada y ligada al papa, para el cual resultaría un instrumento de gran eficacia en la «reconquista» de la sociedad por la Iglesia en la época de la Contrarreforma católica

VI

Una nueva época

El Vaticano II ha significado la toma de conciencia de sí misma de la Iglesia, se ha hecho de nuevo consciente de sus propias fuerzas ante el mundo y desde esa seguridad poder transformar al mundo, poniéndose a su servicio.

La Iglesia hoy tiene que presentarse ante un mundo secularizado, pagano, ateo y el encargo del Salvador de evangelizar debe encarnarse también en la sociedad de hoy. Ya no tiene los apoyos legales e institucionales que le prestaban en otros momentos los estados y tiene que abordar, para seguir siendo fiel a sí misma, un mundo recalcitrante que ha buscado otros dioses como son: la razón, un humanismo sin Dios, un progreso y una técnica, donde Dios está ausente. El mundo ha querido salvarse por sí mismo, ha construido sus torres de Babel y se ha encontrado con un estrepitoso y sangrante fracaso, con dos guerras mundiales, asesinatos en masa, que dieron al traste con todas las ilusiones humanistas. El existencialismo dio expresión a este fracaso hablando de náusea, asco, desesperanza y angustia vital. El hombre es un imposible, un ser para la nada y una pasión inútil.

Estas expresiones han sido experiencias vivas en varias generaciones y de ahí ha surgido la búsqueda de unos nuevos contenidos de salvación. El hombre siempre se resistirá a morir.

Si preguntamos a las personas católicas ¿por qué no asisten a Misa? la respuesta es que no me dice nada la Misa, me aburro. No obstante podemos afirmar con toda seguridad, que el hombre sin Dios camina hacia el abismo, hacia el absurdo de la vida. La vida sin Dios no tiene sentido y nunca el hombre por sí mismo, prescindiendo de Dios, podrá salvarse. De ahí la necesidad de ayudar a la humanidad a volverse a Dios. El mensaje de Jesucristo de anunciar el evangelio sigue de actualidad, si nos volvemos a Dios y confiamos, este deseo del Salvador se hará realidad, porque contamos con su presencia y con su fuerza. ¡Señor, no abandones a tu Iglesia! ¡Escucha la voz de tus hijos que te llaman y quieren encontrarte!